

Logroño. La mente se fatiga en recoger las memorias de tantos siglos y de tantos pueblos, y los ojos se cansan con la mente. El aspecto de la campiña varía á cada momento. Cerca de Zaragoza, campos verdes cubiertos de casas y de caminos serpeantes, por los cuales pasa algun grupo de campesinos envueltos en sus mantas de múltiples colores, algun asno de carga, algun carro. Mas allá, inmensas llanuras ondulantes, áridas, desnudas, sin árboles, sin casas, sin senderos, donde sólo de milla en milla se vé un rebaño, un pastor, una choza; alguna que otra aldea compuesta de casuchas color terráceo, bajas que casi se confunden con el suelo: más bien grupos de cabañas que pueblos; verdaderas imágenes de la escualidez y la miseria. A lo largo del camino se retuerce en grandes curvas el Ebro, tan cerca ahora que parece que el tren se vá á bañar en sus aguas, luego lejano, como una cinta de plata que aparece y desaparece entre las ondulaciones del terreno y la verdura de las orillas. En lontananza se vé una cadena de azulados montes, y más allá las blancas crestas de los Pirinéos. Cerca de Tudela se descubre el canal; pasado Castejon, la campiña se hace más amena, y á medida que se avanza las llanuras áridas alternan con los olivares, y alguna que otra franja de verde vivo rompe aquí y allá el amarillo seco de los abandonados campos. Sobre las cimas de los montes lejanos alzan su perfil confuso ruinas de castillos enormes rematados de torres cortadas, hendidas, corroidas, como grandes muñones de gigantes derribados que amenazan todavía.

En cada estacion del camino de hierro compré un periódico; de modo que ántes de llegar á la mitad del viaje, tenia una montaña de ellos: periódicos de Madrid y de Aragon, grandes y pequeños, negros y rojos; ninguno, desgraciadamente, amigo de don Amadeo. Y digo desgraciadamente, porque la lectura de aquellos periódicos era para caer en tentacion de volver las espaldas á Madrid y restituirse á casa. Desde la primera á la última columna estaban llenos de injurias, imprecaciones y amenazas contra Italia: ¡cómo ponian á nuestro Rey, á nuestros ministros, á nuestro ejército! Todo fundado sobre la voz que por entónces corria de una próxima guerra, guerra en la cual Italia y Alemania aliadas habian de arrojar sobre Francia y España para destruir el catolicismo, enemigo eterno de ambas, colocar en el trono de San Luis al duque de Génova, y asegurar el trono de Felipe II al duque de Aosta. Habia amenazas en el artículo de fondo, amenazas en el folletin, amenazas en las noticias; unas en prosa, otras en verso; con caricaturas, con letras mayúsculas, con largas líneas de puntos; diálogos entre el padre y el hijo, el uno desde Roma, el otro desde Madrid; éste que pregunta:—¿Qué he de hacer?—aquél que responde:—Fusila!—De cuando en cuando un:—Que vengan! estamos prontos! Somos siempre la España de 1808; los vencedores de los ejércitos napoleónicos no tienen miedo ni de la osadía de los hulanos del rey Guillermo, ni del griterío de los cazadores de Víctor Manuel.—Se designaba además á D. Amadeo con el apelativo de *pobre bambino*; llamaban al ejército ita-

liano un ejército de bailarines y cantantes; y se invitaba á los italianos residentes en España á que hicieran la maleta con el poco cortés advertimiento de: *Italianos, al tren!* En suma: pedid y demandad, que habia allí para todos los gustos. Os confieso que al pronto me quedé un tanto turbado: imaginaba que en Madrid andarían los italianos poco menos que señalados con el dedo por las calles; me acordaba de la carta recibida en Génova; me repetía á mi mismo aquel *Italianos, al tren*, como un consejo que mereciese seria meditacion; miraba con recelo á los viajeros que entraban en el coche y á los empleados del camino de hierro, y me parecia que en seguida de verme iban á decir todos:—Hé aquí un emisario italiano; mandémoslo á que haga compañía al general Prim.

Al acercarse á Miranda se interna el camino en una comarca montañosa, variada y pintoresca, donde la vista no encuentra por cualquier parte á que se dirija más que rocas cenicientas, que ofrecen la imágen de un mar petrificado en el momento de la tempestad. Es un país hermoso, pero con aquella hermosura de lo sombrío y lo salvaje; solitario como un desierto, mudo como un retiro; que ofrece á la fantasía extrañas visiones de planetas deshabitados, y despierta en el alma sentimientos por donde corren confundidos el pavor y la tristeza. El tren pasa entre dos paredes de rocas puntiagudas, ahuecadas, cresteadas, faceteadas en todos sentidos y formas tales, que no parece sino que sobre cada una de ellas ha labrado toda la vida multitud de picape-

dreros furiosos, trabajando á ciegas para ver quién dejaba en la piedra huellas más caprichosas. El camino sale despues á una llanura extensa plantada de álamos, donde se alza Miranda.

Está la estacion apartadísima de la ciudad, y tuve que esperar hasta la noche en el café el tren de Madrid. Durante tres horas me dieron compañía dos guardias de aduanas, llamados en España carabineros, vestidos con un severo uniforme, y armados de bayoneta, revólver y carabina. Hay otros dos en cada estacion. Al principio, viendo aparecer delante de la ventanilla del coche los cañones de sus carabinas, creí que estaban allí para coger á alguno, acaso acaso...: sin darme cuenta de ello, llevaba la mano al pasaporte. Son buenos mozos, despiertos y corteses, con los cuales puede entretenerse el viajero que espera, discurrendo agradablemente de carlistas y de contrabando, á la manera que yo lo hice, no sin gran ventaja de mi vocabulario español. Al anochechar cayó por allí un mirandés, hombre sobre los cincuenta, empleado, alegre y decidor, y dejé á los carabineros para acercarme á él. Fué el primer español que me habló profundamente de política. Roguéle que me desenredase un poco esta benditísima madeja de los partidos, cuyo hilo se me escapaba siempre; contentóle la súplica y me sirvió á las mil maravillas.

Es negocio de dos palabras, — comenzó: — Hé aquí cómo están las cosas. Hay cinco partidos principales: el absolutista, el moderado, el conservador, el radical y el republicano. El absolutista se divide

en dos: carlistas puros y carlistas disidentes. El partido moderado en dos: el uno quiere á doña Isabel II; el otro quiere á D. Alfonso. El partido conservador en cuatro; téngalo V. bien en la memoria: los canovistas, capitaneados por Cánovas del Castillo; los ex-montpensieristas, capitaneados por Rios Rosas; los *fronterizos*, capitaneados por el general Serrano; los progresistas históricos, capitaneados por Sagasta. El partido radical en cuatro: los progresistas democráticos, jefe Zorrilla; los *cimbrios*, jefe Márto; los demócratas, jefe Rivero; los economistas, jefe Gabriel Rodriguez. El partido republicano en tres: los unitarios, jefe García Ruiz; los federales, jefe Figueras; los socialistas, jefe Garrido. Los socialistas se dividen todavía en otros dos: socialistas con la *Internacional*, y socialistas sin la *Internacional*. En todo diez y seis partidos. Estos diez y seis partidos se subdividen aún. Márto tiende á constituir un partido suyo; Candau otro partido; Moret un tercer partido; Rios Rosas, Pí y Margall y Castelar van tambien preparando cada uno su partido propio. Son pues veintidos partidos, parte ya hechos, parte por hacer: añade V. los amigos de la República con don Amadeo por presidente; los amigos de la Reina que quieren dar la zancadilla á D. Amadeo; los amigos de la monarquía de Espartero; los amigos de la monarquía de Montpensier; los republicanos á condicion de que no se abandone la Isla de Cuba; los republicanos á condicion de que se abandone; los que no han renunciado todavía al príncipe de Hohenzollern; los que acarician la union con Portugal... se-

rían treinta partidos. Queriendo andar por lo sutil podrían subdividirse todavía; pero vale más formarse idea clara de cómo están las cosas. Sagasta se apoya en los unionistas; Zorrilla se apoya en los republicanos; Serrano estaría quizá dispuesto á apoyarse en los moderados; y los moderados, si llegara el caso, harían alianza con los absolutistas, los cuales, entre tanto, dan la mano á los republicanos, quienes á su vez se unen con parte de los radicales, con objeto de derribar al ministerio Sagasta, demasiado conservador para los progresistas democráticos, y demasiado liberal para los unionistas, que tienen miedo de los federales; mientras los federales por otra parte no depositan gran confianza en los radicales, vacilantes siempre entre los demócratas y los sagastinos. Se ha hecho V. una idea clara?— Como el ambar! contesté espantado.

Del viaje de Miranda á Búrgos sólo me acuerdo como de una página de un libro leída en la cama cuando los ojos comienzan á cerrarse y la llama de la luz á languidecer: me caía de sueño. Sacudíame un vecino de rato en rato para que mirase fuera. Era una noche serena, y brillaba con luz hermosísima la luna: cada vez que me asomaba á la ventanilla, veía por ambos lados del camino rocas enormes, tan cercanas que parecía fuesen á precipitarse sobre él, tan blancas como el mármol, y de tal suerte iluminadas, que se hubieran podido contar todos sus picos, todas sus hendiduras, todas sus prominencias, lo mismo que bajo la luz del sol.—Estamos en Pan-

corbo, me decía el vecino:—mire V. aquella altura: allí había un terrible castillo que destruyeron los franceses en 1813.—Estamos en Briviesca: mire V.: ahí reunió D. Juan I de Castilla las Córtes que otorgaron el título de príncipe de Asturias al heredero de la Corona.—Mire V. el monte de la Brújula, que toca las estrellas.

Era uno de aquellos cicerones incansables que hablarían hasta con los paraguas; y siempre, al decir:—mire V.—me tocaba en un costado por la parte del bolsillo. Finalmente, llegamos á Búrgos. El vecino desapareció sin saludarme; yo hice que me condujeran á una fonda, y en el momento de pagar el carruaje advertí que me había quedado sin un pequeño portamonedas de dinero suelto que acostumbraba llevar en un bolsillo del gabán. Pensé en las Córtes de Briviesca, y dí por concluido el asunto con un:—Me está bien empleado!—en vez de gritar como hacen muchos en semejantes ocasiones:—pero por Dios! pero dónde estamos! pero qué país es este!—Como si en su país no hubiese gente diestra que se lleva la bolsa, sin tener siquiera la cortesía de daros una noticia histórica ó una indicación de geografía.

La fonda en que paré estaba servida por mujeres, como casi todas las de Castilla. Eran siete ú ocho muchachas regordetas y musculosas, que iban y venían con grandes brazadas de colchones y ropa blanca, dobladas hácia atrás en actitudes atléticas, encendidas, jadeantes, riendo y retozando que era un gusto verlas. Una fonda servida por mujeres es

cosa enteramente distinta que los albergues ordinarios: el viajero se cree allí ménos extraño, y descansa con el corazón más sosegado; las mujeres le dán un cierto aire doméstico, que casi le hace olvidar á uno la soledad en que se encuentra. Son más diligentes que los hombres; saben que el que viaja es inclinado á la melancolía, y parece que quieren distraerle; sonrien y hablan con tono confidencial, como para dar á entender que se está en familia, en manos seguras; tienen un no sé qué de amas de gobierno, que sirven ménos por necesidad que por gusto de ser útiles; os ajustan los botones con aire de proteccion; os quitan el cepillo de la mano bromeando y diciendo:—Venga, no sirve V. para nada;—os sacuden los pelos del vestido cuando salís; os recomiendan que no durmais con la cabeza baja, al daros las buenas noches; y por último, os llevan el café á la cama murmurando benévolamente:—Estése usted quieto, vamos, eso no está bien.—Una se llamaba Beatriz, otra Carmelita, otra Amparo; todas dotadas de aquella poderosa hermosura montañesa, que hace exclamar con voz de bajo:—Qué-gran-pieza-de-á-se-senta!—Cuando corrian por los corredores temblaba toda la casa.

A la mañana siguiente, al salir el sol, Amparo gritó á mi oído:

—Caballero!

Un cuarto de hora despues estaba en la calle. Búrgos, puesta á la falda de una montaña, sobre la orilla derecha del Arlanzon, es una ciudad irregular con calles tortuosas y estrechas, pocos edificios no-

tables, y la mayor parte de las casas no más antiguas del siglo XVII. Tiene, sin embargo, una cualidad particular que la hace curiosa y genial: es multicolor como uno de aquellos escenarios de teatro de polichinelas, con los cuales se han propuesto los pintores arrancar un grito de asombro á las criadas de la platea. Parece una ciudad pintada á propósito para una fiesta carnavalesca con ánimo de reblanquearla despues. Las casas son rojas, amarillas, azules, cenicientas, anaranjadas, con adornos y contornos de otros mil colores. Todo está allí pintado: llamadores de puertas, enrejados de celosías, vidrieras, cornisas, zócalos, postigos, umbrales. Todas las calles parecen vestidas de fiesta: á cada revuelta un golpe de vista diverso; y en todas partes como una porfia de colores que van á cual atrae más las miradas: casi dan ganas de reir: hay colores que no se han visto jamás en las paredes; verde, encarnado, purpúreo; colores de flores extrañas, de salsas, de dulces, de traje de baile: si hubiera en Búrgos un manicomio de pintores, se diría que la ciudad fué pintada un dia que se escaparon los locos. Para que el aspecto de las casas sea más gracioso, muchísimas ventanas tienen delante una especie de galería cubierta, cerrada delante por amplia vidriera como las urnas de los museos. Por cada piso hay uno de estos cierros, á lo más: el de encima apoyado en el de abajo, y el más bajo en el escaparate de un comercio; de suerte que desde el suelo hasta el techo, parecen todos una sola vidriera de una tienda desmesurada. Tras los cristales de cada piso, como

puestos de muestra, se ven rostros de muchachas y de niños, flores, paisajes y figurillas de papel de Francia, pabellones recamados y arabescos. A no saberlo de antemano, no se me hubiese ocurrido jamás que una ciudad así hecha pudiera ser la capital de Castilla la Vieja, cuyo pueblo tiene fama de grave y de austero: habríala creído una de las ciudades andaluzas, donde la gente es más alegre. Esperaba ver una matrona meditabunda, y encontraba una mascarilla retozona.

Después de dar dos ó tres vueltas, salí á una vasta plaza llamada Plaza Mayor ó de la Constitución, toda rodeada de casas color de granada, con pórticos, y en el medio una estatua de bronce que representa á Carlos III. Aún no había echado la primer incompleta ojeada en torno mio, cuando un muchacho envuelto en larga capa, arrastrando dos grandes zapatos que ya casi no lo eran, y agitando en el aire un periódico, vino á la carrera á mi encuentro.

—¿Quiere V. *El Imparcial*, caballero?

—No.

—¿Quiere V. un billete de la lotería de Madrid?

—Tampoco.

—¿Quiere V. cigarros de contrabando?

—No, hombre!

—¿Quiere V. ....?

—Eh!...

El amigo se rascó la barba.

—¿Quiere V. ver los restos del Cid?

—Vaya un salto, hijo! No hay poca diferencial!

Pero no importa: vamos á ver los restos del Cid.

Fuimos á la casa Capitular. Allí una vieja portera nos hizo atravesar tres ó cuatro pequeñas salas, hasta que llegamos á un aposento donde nos detuvimos los tres.

—Hé aquí los restos,—dijo la mujer señalando una especie de cofre puesto sobre un pedestal en medio de la estancia.

Me acerqué, levantó ella la tapa, y miré dentro. Estaba el interior dividido en dos, y en el fondo se veían algunos huesos amontonados, que parecían astillas de muebles viejos.

—Estos,—dijo la portera,—son los huesos del Cid; y esos otros los de Ximena, su mujer.

Tomé en la mano una canilla del uno y una costilla de la otra, las contemplé, las palpé y revolví de mil modos; pero no consiguiendo rehacer la fisonomía del marido ni de la esposa, vine á dejarlos donde estaban. Señalóme entónces la vieja un sitial de madera medio deshecho y apoyado en la pared, y una inscripcion que decia ser aquella la silla en que se sentaron los primeros jueces de Castilla, *Nunius Rasura, Calvoque Lainus*, trisabuelos del Cid; lo cual quiere decir que aquel precioso mueble se ha mantenido derecho en aquel mismo sitio la friolera de novecientos años. Lo tengo á la vista en este momento, dibujado en mi cuaderno con líneas serpeantes, y me parece oír todavía á la buena mujer que me pregunta:—Es usted pintor?—y mete la barba bajo el lápiz para admirar mi obra maestra. En la estancia de al lado me enseñó un brasero de la mis-

ma antigüedad del sitial, y dos retratos, uno del Cid y el otro de Fernan Gonzalez, primer Conde de Castilla; ambos tan confusos y descoloridos, que en ofrecer la imágen de las personas no aventajaban mucho á los huesos de los ilustres consortes.

De la casa consistorial me llevaron, siguiendo la orilla del Arlanzon, á una espaciosa plaza con jardin, fuentes y estátuas, circundada de graciosos edificios nuevos. Al otro lado del rio está el barrio Bega; más allá las áridas alturas que dominan la ciudad; en un extremo de la plaza la puerta monumental de Santa María, que fuéalzada en honor de Carlos V, adornada con las estátuas del Cid, de Fernan Gonzalez y del Emperador. Al otro lado de la Puerta aparecen las agujas majestuosas de la catedral. Llovia; estaba solo en medio de la plaza, y sin paraguas; alcé los ojos á una ventana, y ví á una mujer que me pareció una criada, la cual me miraba y se reía, como diciendo:—¿Quién es ese loco?—Cogido así de improviso, me desconcerté un poco; y aparentando luego mejor cierto aire indiferente, fuime hácia la catedral por el camino más corto.

La catedral de Búrgos es uno de los más vastos, hermosos y ricos monumentos de la cristiandad. Diez veces puse estas palabras al comienzo de una página, y diez veces me faltó ánimo para proseguir: de tal modo me reconozco inepto y débil cuando comparo las fuerzas de mi inteligencia con las dificultades de la descripcion.

La fachada cae sobre una pequeña plaza, desde la cual se puede abrazar con la mirada parte del

inmenso edificio; por los otros lados corren calles tortuosas y estrechas, que estorban á la vista. De todos los salientes del techo desmesurado se elevan torrecillas esbeltas y graciosas, sobrecargadas de adornos de color calcáreo sombrío, las cuales aventajan en altura á los más altos edificios de la ciudad. Delante, á derecha é izquierda de la fachada, surgen dos agudos campanarios, cubiertos de esculturas desde la base á la cima, perforados, cincelados, recamados con una delicadeza y gracia que enamoran. Más allá, como á la mitad de la iglesia, álzase una torre, enriquecida tambien por extremo con bajos relieves y adornos. Y sobre la fachada, sobre las espigas de los campanarios, en todos los pisos, bajo todos los arcos, por todas partes, multitud innumerable de estátuas de ángeles, mártires, guerreros y príncipes, agrupadas de tal suerte, con actitudes tan diversas, y puestas tan de relieve por las formas ligeras del edificio, que casi ofrecen á los ojos una apariencia de vida, como de legion celeste consagrada á guardar el monumento. Cuando la vista sube por la fachada hasta el vértice de las torres exteriores, abrazando poco á poco toda aquella armoniosa belleza de colores y de líneas, se siente un placer dulcísimo, como al oír esa música que va elevándose gradualmente desde una expresion de recogida plegaria hasta el éxtasis de una inspiracion sublime. Antes de que entreis en la iglesia, vuestra imaginacion vaga ya por fuera de la tierra.

Entrais... El primer movimiento que sentís es un impreviso renacer de la fé, si la teneis; un arranque

del alma hácia la fé, si por ventura os falta. No parece posible que aquella mole inmensa de piedra sea una obra vana de la supersticion de los hombres; se os antoja que afirma, que prueba, que ordena alguna cosa; os hace el efecto de una voz sobrehumana que gritase á la tierra:—Soy;—os eleva y os abate á un tiempo, como una promesa y una amenaza, como los fulgores de un rayo de sol y el estallido de un trueno. Antes de comenzar á ver, sentís la necesidad de reavivar en el corazon las chispas moribundas del amor divino; el reconoceros extranjero frente aquel milagro de atrevimiento, de génio y de trabajo, os humilla; el tímido *no* que suena en el fondo de vuestra alma, muere como un gemido bajo el sí formidable que retumba sobre vuestra cabeza. Al principio volveis los ojos en torno vagamente, buscando los límites del edificio, que el coro y los pilares enormes os esconden; luego vuestra vista se lanza hácia arriba por las columnas y los arcos allísimos, y descende de nuevo, y de nuevo sube y recorre rapidísimamente aquellas infinitas líneas que se siguen, se cruzan, se corresponden y se pierden en lo alto de las bóvedas grandiosas; el alma se regocija de su propia é inquieta admiracion, como si todas aquellas líneas saliesen de vuestra mente inspirada al momento mismo en que las recorreis con los ojos; y despues os asalta de improviso extraño abatimiento, con el dolor de no tener tiempo bastante para considerar, ni ingenio bastante para aprender, ni memoria bastante para conservar las innumerables maravillas que entreveis por todas partes confun-

didas, amontonadas, resplandecientes, que más bien que de la mano de los hombres, parecen salidas, como segunda creacion, de la mano de Dios mismo.

La iglesia pertenece al órden llamado gótico, de la época del Renacimiento, y está dividida en tres larguissimas naves, atravesadas á la mitad por una cuarta que separa el coro del altar mayor. En el espacio que hay entre el altar y el coro, se alza una cúpula correspondiente á la torre que se ve desde la plaza. Dirigis los ojos á lo alto, y estais un cuarto de hora con la boca abierta: es una confusion de bajos relieves, de estátuas, de columnitas, de ventanillas, de arabescos, de arcos suspendidos, de esculturas aéreas, armonizadas en conjunto grandioso y gentil, cuya primera vista estremece y hace sonreir como el impreviso relampagueo y tronido de un inmenso fuego artificial. Aquellas mil imágenes confusas del paraíso que alegraron nuestros sueños infantiles, se arrancan todas juntas de la mente estática, y revoloteando arriba, arriba como tropel de apresuradas mariposas, van á pararse en los mil relieves de la altísima bóveda girando y confundíendose, y vuestro espíritu las sigue como si las viera verdaderamente, y se os escapa del pecho un suspiro.

Si de la cúpula volveis la vista á lo que os rodea, tambien allí puede recrearla un espectáculo magnífico. Las capillas son otros tantos templos por extension, por variedad y por riqueza. En cada una está sepultado un príncipe, ó un obispo, ó un grande: la tumba en medio, y tendida sobre ella la estátua que

representa al sepulto, con la cabeza apoyada en un almohadon y las manos juntas por cima del pecho: los que fueron sacerdotes, vestidos con sus hábitos más lujosos; los príncipes con sus armaduras; las damas con sus mejores galas. Todas las tumbas están cubiertas de un amplio paño que cae por los lados, y que siguiendo los relieves angulosos de las estatuas, deja creer que están allí debajo verdaderamente los miembros de un cuerpo humano. De cualquiera parte que el curioso se vuelva, ve á lo lejos, entre los enormes pilares, tras los ricos cancelles, á la claridad incierta que baja de las altísimas ventanas, aquellos mausoleos, aquellos lienzos fúnebres, aquellos rígidos perfiles de cadáveres. Acércase uno á las capillas, y queda como aturdido ante la profusion de esculturas, mármoles y oro que adornan las paredes, las bóvedas y los altares: cada cual encierra un ejército de ángeles y santos esculpidos en mármol, en madera, pintados, dorados ó vestidos: fijais la vista en cualquier punto del pavimento, y á la manera que si el pavimento la rechazara, sube de bajo relieve en bajo relieve, de nicho en nicho, de arabesco en arabesco y de pintura en pintura hasta la bóveda, y luego desde la bóveda otra cadena de esculturas y de pinturas la trae de nuevo al pavimento. Por cualquier lugar á donde volvais el rostro, ojos que os miran, manos que os señalan, cabezas de querubines que se confunden, velos que parece que se agitan, nubes que parece que buscan las alturas, soles de cristal que parece que titilan: variedad infinita de formas, colores y

reflejos que os hieren en los ojos y os turban en el ánimo.

No bastaría un volúmen para describir todas las obras maestras de escultura y de pintura esparcidas en esta inmensa catedral. En la sacristía de la capilla del condestable de Castilla hay una preciosa Magdalena atribuida á Leonardo de Vinci; en la capilla de la Presentacion, una Virgen atribuida á Miguel Angel; en otra, una Santa Familia atribuida á Andrea del Sarto. No se sabe á ciencia cierta quiénes sean los autores de aquellos tres cuadros; pero cuando ví plegar la cortina que los cubria, y oí proferir con voz reverente aquellos nombres, corrió por mí un escalofrio desde la cabeza hasta los piés. Experimenté la vez primera en toda su fuerza aquel sentimiento de gratitud que debemos á los grandes artistas, por quienes el nombre de Italia vino á ser reverenciado y querido en el mundo, y por primera vez tambien comprendí que no solamente ilustran á su pátria, sino que son sus bienhechores; y no solamente alcanzan estos beneficios al que tiene inteligencia para comprenderlos y admirarlos, sino tambien al que sea ciego para sus obras, tambien al que no cure de ellas, ó por caso las desconozca. Puesto que á quien le falta el sentimiento de lo bello, no le falta el orgullo nacional; y quien no siente éste siquiera, siente al menos su orgullo propio, y goza en lo profundo del alma cuando al decir: he nacido en Italia..., alguien le sonrie y se alegra: de aquella sonrisa y de aquella alegría es deudor á los grandes nombres que no conmovian su ánimo ántes de salir

de los confines de la pátria; nombres que le acompañan y protegen, donde quiera que vaya, como inseparables amigos; que le hacen ménos extranjero entre los extranjeros; que derraman en torno de su rostro como un reflejo luminoso de la propia gloria. ¡Cuántas sonrisas, cuántos apretones de mano, cuántas palabras corteses de gente desconocida debemos á Rafael, á Miguel Angel, á Ludovico Ariosto, á Rossini!

Preciso es que el que quiera ver esta catedral en un dia, pase corriendo por delante de las obras maestras. La puerta labrada que dá al cláustro, tiene fama de ser la más hermosa del mundo, despues de las puertas del Baptisterio de Florencia; detrás del altar mayor hay un magnífico bajo-relieve de Felipe de Borgoña, que representa la Pasion de Cristo, composicion inmensa, á la cual no parece que haya podido bastar la vida de un hombre; el coro es un verdadero museo de escultura, de prodigiosa riqueza; el cláustro está lleno de sepulcros con sus estatuas yacentes, y en derredor profusion de bajo-relieves; en las capillas, en torno del coro, en las salas de la sacristía, por todas partes, cuadros de los más grandes artistas españoles, estatuas, columnas y adornos; el altar mayor, los órganos, las puertas, las escaleras, las rejas, todo es grande y magnífico, y todo despierta y ahoga al mismo tiempo la admiracion. Pero ¡á qué fin acumular palabras sobre palabras? ¿Podria la más minuciosa descripcion dar una imágen viva de la cosa? Y cuando hubiera escrito una página para cada cuadro, para cada está-

tua, para cada bajo-relieve, ¿acaso habría conseguido despertar en el ánimo de otros, sólo por un instante, la emoción que yo experimenté?

Acercóseme un sacristan, y murmuró á mi oído, como si me revelase un secreto, esta pregunta:

—¿Quiere V. ver el Cristo?

—¿Qué Cristo?

—Toma!—respondió,—ya se sabe, aquel famoso...

El famoso Cristo de la catedral de Búrgos, que mana sangre todos los viernes, es digno de particular mención. El sacristan os hace entrar en una capilla misteriosa, cierra las ventanas, enciende dos velas en el altar, tira de un cordoncillo, y corre una cortina: allí está el Cristo. Si al momento de verlo no emprendéis la fuga, sois almas fuertes: un verdadero cadáver puesto sobre la cruz no causaría más horror. No es una estatua como todas las demás, de madera pintada: es de piel, dícese que de una piel humana rellena; tiene verdaderos cabellos, cejas y pestañas y barbas de pelo; los cabellos empapados en sangre, teñido de sangre el pecho, las piernas y las manos; llagas que parecen verdaderas llagas; el color de la piel, la contracción del semblante, la actitud, la mirada, todo terriblemente verdadero; creeríase que al tocarlo se debe sentir el estremecimiento de los miembros y el calor de la sangre; os parece que sus labios se mueven y está para salir de ellos un lamento; no podeis soportar por mucho tiempo aquella vista; mal de vuestro grado torceis el rostro, y decís al sacristan:

—Ya lo he visto.

Después del Cristo, es preciso ver el célebre cofre del Cid. Es un cofre suspendido de una pared en una sala de la sacristía. La tradición refiere que el Cid llevaba consigo este cofre en sus guerras contra los moros, y que los sacerdotes se servían de él como de altar para celebrar la misa. Un día, hallándose con los bolsillos vacíos, el temible guerrero llenó el cofre de piedras y de hierros, é hizo que lo llevaran á casa de un hebreo usurero, y le dijeron: El Cid tiene necesidad de dinero; podría vender sus tesoros, pero no quiere; dadle el dinero que le hace falta; él os lo devolverá dentro de poco con los intereses á razón de noventa y nueve por ciento. Entretanto deja en vuestras manos como prenda este cofre precioso que guarda su fortuna; pero con una condición: que habeis de jurarle no abrirlo antes que él os haya restituido vuestro haber: hay en el cofre un secreto que no puede ser conocido más que de Dios y de mí: resolveos.—Sea que los usureros de entonces tuvieran mayor confianza en los oficiales del ejército, ó una onza más de tontos que los de ahora, el hecho es que el usurero del Cid aceptó la propuesta, prestó juramento y dió el dinero. Si el Cid desempeñó la palabra no se sabe; si el hebreo le movió querrela, tampoco: el cofre existe todavía, y el sacristan cuenta chanceramente la cosa, sin sospechar que sea una truhanería de bribon marcado, más bien que una burla ingeniosa de caballero cavallero.

Antes de salir de la catedral es menester hacerse contar también la famosa leyenda del Papa-moscas.

El Papa-moscas es un figuron de tamaño natural puesto en la caja de un reloj, sobre la puerta, en el interior de la iglesia. Antiguamente, como las célebres figuras del reloj de Venecia, salia de su escondite á la primera campanada de la hora, y por cada una lanzaba un grito y hacia un gesto extravagante; con lo que se deleitaban grandemente los fieles, reían los muchachos, y turbábanse las funciones religiosas. Para poner fin al escándalo, un obispo severo hizo descoyuntar no sé qué nérvios al Papa-moscas, y desde entónces quedóse inmóvil y mudo. Mas no por esto se dejó de hablar de sus hechos en Búrgos y en toda España, y áun fuera de España. El Papa-moscas era hechura de Enrique III, y de aquí le viene su gran importancia. La historia es sobre manera curiosa. Enrique III, el rey de las aventuras caballerescas, que vendió un día su gaban para comprar la comida, iba todos los dias de incógnito á orar en la catedral. Encontráronse una mañana sus ojos con los de cierta jóven que rezaba delante del sepulcro de Fernan Gonzalez; las miradas se anudaron, como diría Teófilo Gauthier; ruborizóse la jóven; fuése el rey tras de ella cuando salió de la iglesia, y la acompañó hasta su casa. Volvieron á verse durante muchos dias en el mismo lugar y á la hora misma; se miraron, se manifestaron con los ojos y las sonrisas simpatía y amor, y el Rey continuó en seguir hasta su casa á la dama, sin decirle una palabra, y sin que ella mostrase deseo de que se la dijese. Una mañana, al salir de la iglesia, la hermosa desconocida dejó caer el pañuelo; recogiólo el Rey,

lo escondió en el pecho, y le alargó el suyo. Tomólo la dama llena de rubor, y enjugándose las lágrimas, desapareció: desde aquel dia don Enrique no pudo verla más. Sucedió que un año despues, como se hubiera extraviado el Rey en un bosque, le acometieron seis lobos hambrientos: mató los tres con la espada al cabo de larga lucha; pero le faltaban las fuerzas, y estaba ya para ser devorado por los restantes. En aquel momento se oye un tiro, y con el tiro un grito extraño que pone en fuga á los tres lobos: volvióse el Rey, y vió una mujer misteriosa que le miraba con los ojos fijos sin poder proferir palabra: los músculos de su rostro estaban horriblemente contraídos, y de cuando en cuando agudo lamento se escapaba de su seno. Repuesto del primer asombro, el Rey reconoció en aquella mujer á la jóven amada de la catedral. Arrojó un grito de alegría y se lanzó hácia ella para abrazarla; pero la jóven lo detuvo, exclamando con sonrisa más que humana:—Amaba la memoria del Cid y de Fernan-Gonzalez, porque mi corazon quiere todo aquello que es noble y generoso; por eso tambien te he amado; pero el deber me impedia consagrarte este amor que hubiera hecho feliz mi vida. Acepta el sacrificio...— y diciendo así cayó en tierra y espiró sin acabar la frase, estrechando sobre su corazon el pañuelo del Rey. Un año despues se asomaba por primera vez el Papa-moscas á la caja del reloj para anunciar la hora: habíalo hecho construir don Enrique á fin de honrar la memoria de la mujer á quien amara; el grito del Papa-moscas recordaba al Rey el grito que